

CAPÍTULO II.

DE LA SOCIEDAD BAJO EL IMPERIO DE LA TEOLOGÍA CATÓLICA.

Esa nueva teología se llama el Catolicismo. El Catolicismo es un sistema de civilización completo; tan completo, que en su inmensidad lo abarca todo: la ciencia de Dios, la ciencia del ángel, la ciencia del universo, la ciencia del hombre. El incrédulo cae en éxtasis á vista de su inconcebible extravagancia, y el creyente á vista de tan extraña grandeza. Si hay alguno por ventura que, al mirarle, pasa de largo y se sonríe, las gentes, mas asombradas aun de tan estúpida indiferencia que de aquella grandeza colosal y de aquella extravagancia inconcebible, alzan la voz y exclaman: Dejemos pasar al insensato.

La humanidad entera ha cursado por espacio de diez y nueve siglos en las escuelas de sus teólogos y de sus doctores; y al cabo de tanto aprender, y al cabo de tanto cursar, hoy día es, y aun

no ha llegado con su sonda al abismo de su ciencia. Allí aprende cómo y cuando han de acabar, y cuándo y cómo han tenido principio las cosas y los tiempos; allí se le descubren secretos maravillosos que estuvieron siempre escondidos á las especulaciones de los filósofos gentiles, y al entendimiento de sus sabios: allí se le revelan las causas finales de todas las cosas, el concertado movimiento de las cosas humanas, la naturaleza de los cuerpos y las esencias de los espíritus, los caminos por donde andan los hombres, el término adonde van, el punto de donde vienen, el misterio de su peregrinacion y el derrotero de su viaje, el enigma de sus lágrimas, el secreto de la vida y el arcano de la muerte. Los niños amamantados á sus fecundísimos pechos saben hoy más que Aristóteles y Platon, luminares de Atenas. Y sin embargo, los doctores que tales cosas enseñan, y que á tales alturas alcanzan, son humildes. Solo al mundo católico le ha sido dado ofrecer un espectáculo en la tierra, reservado antes á los ángeles del cielo: el espectáculo de la ciencia derribada por la humildad ante el acatamiento divino.

Llámase esta teología católica, porque es universal; y lo es en todos los sentidos y bajo todos los aspectos: es universal, porque abarca todas las verdades; lo es, porque abarca todo lo que todas las verdades contienen; lo es, porque su naturaleza está destinada á dilatarse por todos los espacios, y á prolongarse por todos los tiempos; lo es en su Dios, y lo es en sus dogmas.

Dios era *unidad* en la India, *dualismo* en la Persia, *variedad* en Grecia, *muchedumbre* en Roma. El Dios vivo es *uno* en su sustancia, como el índico; *múltiple* en su persona, á la manera del pérsico; á la manera de los dioses griegos, es *vario* en sus atributos; y por la multitud de los espíritus (dioses) que le sirven, es *muchedumbre*, á la manera de los dioses romanos. Es causa universal, sustancia infinita é impalpable, eterno reposo, y autor de todo movimiento; es inteligencia suprema, voluntad soberana; es continente, no contenido. Él es el que lo sacó todo de la nada, y el que mantiene cada cosa en su sér; el que gobierna las cosas angélicas, las cosas humanas y las cosas infernales; es misericordiosísimo, justí-

simo, amorosísimo, fortísimo, potentísimo, simplicísimo, secretísimo, hermosísimo, sapientísimo; el oriente conoce su voz, el occidente le obedece, el mediodía le reverencia, el setentrion le acata. Su palabra hinche la creacion, los astros velan su faz, los serafines reflejan su luz en sus alas encendidas, los cielos le sirven de trono, y la redondez de la tierra está colgada de su mano. Cuando los tiempos fueron cumplidos, el Dios católico mostró su faz; esto bastó para que todos los ídolos fabricados por los hombres cayeran derribados por el suelo. Ni podia ser de otra manera, si se atiende á que las teologías humanas no eran sino fragmentos mutilados de la teología católica, y á que los dioses de las naciones no eran otra cosa sino la deificacion de alguna de las propiedades esenciales del Dios verdadero, del Dios bíblico.

El Catolicismo se apoderó del hombre en su cuerpo, en sus sentidos y en su alma. Los teólogos dogmáticos le enseñaron lo que habia de creer, los morales lo que habia de obrar, y los místicos, remontándose sobre todos, le enseñaron á levantarse á lo alto en alas de la oracion, esa escala de Jacob de piedras abrillantadas, por donde baja Dios hasta la tierra y sube el hombre hasta el cielo, hasta confundirse cielo y tierra, Dios y hombre, abrasados todos juntamente en el incendio de un amor infinito.

Por el Catolicismo entró el orden en el hombre, y por el hombre en las sociedades humanas. El mundo moral encontró en el día de la redencion las leyes que habia perdido en el día de la prevaricacion y del pecado. El dogma católico fué el criterio de las ciencias, la moral católica el criterio de las acciones, y la caridad el criterio de los afectos. La conciencia humana, salida de su estado cáustico, vió claro en las tinieblas interiores, como en las tinieblas exteriores, y conoció la bienaventuranza de la paz perdida, á la luz de esos tres divinos criterios.

El orden pasó del mundo religioso al mundo moral, y del mundo moral al mundo político. El Dios católico, criador y sustentador de todas las cosas, las sujetó al gobierno de su providencia, y las gobernó por sus vicarios. S. Pablo dice, en su *Epístola á los romanos*, cap. 13: *Non est potestas nisi á Deo*; y Salomon, en los

Proverbios, cap. 8, vers. 15 : *Per me Reges regnant, et conditores legum justa decernunt*. La autoridad de sus vicarios fué santa, cabalmente por lo que tuvo de ajena, es decir, de divina. La idea de la autoridad es de origen católico. Los antiguos gobernadores de las gentes pusieron su soberanía sobre fundamentos humanos; gobernaron para sí, y gobernaron por la fuerza. Los gobernadores católicos, teniéndose en nada á sí propios, no fuéron otra cosa sino ministros de Dios y servidores de los pueblos. Cuando el hombre llegó á ser hijo de Dios, luego al punto dejó de ser esclavo del hombre. Nada hay á un tiempo mismo mas respetable, mas solemne y mas augusto que las palabras que la Iglesia ponía en los oídos de los príncipes cristianos, al tiempo de su consagración : «Tomad este baston como el emblema de vuestro sagrado poder, y para que podais fortificar al débil, sostener al que vacila, corregir al vicioso, y llevar al bueno por el camino de la salvacion. Tomad el cetro como la regla de la equidad divina que gobierna al bueno y castiga al malo: aprended por aquí á amar la justicia y á aborrecer la iniquidad.» Estas palabras guardaban una consonancia perfecta con la idea de la autoridad legítima, revelada al mundo por nuestro Señor Jesucristo. *Scitis quia hi, qui videntur principari gentibus, dominantur eis : et principes eorum potestatem habent ipsorum. Non ita est autem in vobis, sed quicumque voluerit fieri major, erit vester minister: et quicumque voluerit in vobis primus esse, erit omnium servus. Nam et filius hominis non venit ut ministraretur ei, sed ut ministraret, et daret animam suam redemptionem pro multis.* (Marc. cap. 10, vers. 42, 43, 44, 45.)

Todos ganaron con esta revolucion dichosa : los pueblos y sus gobernadores; los segundos, porque no habiendo dominado antes sino sobre los cuerpos por el derecho de la fuerza, gobernaron ya los cuerpos y los espíritus juntamente, sustentados por la fuerza del derecho; los primeros, porque de la obediencia del hombre pasaron á la obediencia de Dios, y porque de la obediencia forzada pasaron á la obediencia consentida. Empero si todos ganaron, no ganaron todos igualmente, como quiera que los príncipes, en el hecho mismo de gobernar en nombre de Dios, representaban á

la humanidad bajo el punto de vista de su impotencia para constituir una autoridad legítima por sí sola y en su nombre propio; mientras que los pueblos, en el hecho mismo de no obedecer en el príncipe sino á su Dios, eran los representantes de la mas alta y gloriosa de las prerogativas humanas, la que consiste en no sujetarse sino al yugo de la autoridad divina. Esto sirve para explicar, por una parte, la singular modestia con que resplandecen en la historia los príncipes dichosos, á quienes los hombres llaman grandes, y la Iglesia llama santos; y por otra, la singular nobleza y altivez que se echa de ver en el semblante de todos los pueblos católicos. Una voz de paz y de consuelo y de misericordia se habia levantado en el mundo, y habia resonado hondamente en la conciencia humana; y esa voz habia enseñado á las gentes, que los pequeños y menesterosos nacen para ser servidos, porque son menesterosos y pequeños; que los grandes y los ricos nacen para servir, porque son ricos y porque son grandes. El Catolicismo, divinizando la autoridad, santificó la obediencia; y santificando la una y divinizando la otra, condenó el orgullo en sus manifestaciones mas tremendas, en el espíritu de dominación y en el espíritu de rebeldía. Dos cosas son de todo punto imposibles en una sociedad verdaderamente católica : el despotismo y las revoluciones. Rousseau, que tuvo algunas veces súbitas y grandes iluminaciones, ha escrito estas notables palabras : «Los gobiernos modernos son deudores indudablemente al Cristianismo, por una parte, de la consistencia de su autoridad, y por otra, de que sean mas grandes los intervalos entre las revoluciones. Ni se ha extendido á esto solo su influencia; porque obrando sobre ellos mismos, los ha hecho mas humanos : para convencerse de ello no hay mas que compararlos con los gobiernos antiguos.» (*Emile*, libro 4.º) Y Montesquieu ha dicho : «No cabe duda sino que el Cristianismo ha creado entre nosotros el derecho político que reconocemos en la paz, y el de gentes que respetamos en la guerra, cuyos beneficios no agradecerá nunca suficientemente el género humano.» (*Esprit des lois*, lib, 29, cap. 3.º)

El mismo Dios, que es autor y gobernador de la sociedad política, es autor y gobernador de la sociedad doméstica. En lo mas

escondido, en lo mas alto, en lo mas sereno y luminoso de los cielos, reside un tabernáculo inaccesible aun á los coros de los ángeles: en ese tabernáculo inaccesible se está obrando perpétuamente el prodigio de los prodigios, y el misterio de los misterios. Allí está el Dios católico, uno y trino: uno en esencia, trino en las personas. El Padre engendra eternamente á su Hijo, y del Padre y del Hijo procede eternamente el Espíritu Santo. Y el Espíritu Santo es Dios, y el Hijo es Dios, y el Padre es Dios; y Dios no tiene plural, porque no hay mas que un Dios, trino en las personas y uno en la esencia. El Espíritu Santo es Dios como el Padre; pero no es Padre: es Dios como el Hijo; pero no es Hijo. El Hijo es Dios como el Espíritu Santo; pero no es Espíritu Santo: es Dios como el Padre; pero no es Padre: el Padre es Dios como el Hijo; pero no es Hijo: es Dios como el Espíritu Santo; pero no es Espíritu Santo. El Padre es omnipotencia, el Hijo es sabiduría, el Espíritu Santo es amor; y el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo son infinito amor, potencia suma, perfecta sabiduría. Allí la unidad, dilatándose, engendra eternamente la variedad; y la variedad, condensándose, se resuelve en unidad eternamente. Dios es tésis, es antítesis y es síntesis; y es tésis soberana, antítesis perfecta, síntesis infinita. Porque es uno, es Dios; porque es Dios, es perfecto; porque es perfecto, es fecundísimo; porque es fecundísimo, es variedad; porque es variedad, es familia. En su esencia están, de una manera inenarrable é incomprendible, las leyes de la creacion y los ejemplares de todas las cosas. Todo ha sido hecho á su imágen: por eso la creacion es una y varia. La palabra universo, tanto quiere decir como unidad y variedad juntas en uno.

El hombre fué hecho por Dios, á imágen de Dios; y no solamente á su imágen, sino tambien á su semejanza; por eso el hombre es uno en la esencia y trino en las personas. Eva procede de Adán, Abel es engendrado por Adán y por Eva, y Abel y Eva y Adán son una misma cosa: son el hombre, son la naturaleza humana. Adán es el hombre padre, Eva es el hombre mujer, Abel es el hombre hijo. Eva es hombre como Adán; pero no

es padre: es hombre como Abel; pero no es hijo. Adán es hombre como Abel, sin ser hijo; y como Eva, sin ser mujer. Abel es hombre como Eva, sin ser mujer; y como Adán, sin ser padre.

Todos estos nombres son nombres divinos, como son divinas las funciones significadas por ellos. La idea de la paternidad, fundamento de la familia, no ha podido caber en el entendimiento humano. Entre el padre y el hijo no hay ninguna de aquellas diferencias fundamentales que presentan una base bastante ancha para asentar en ella un derecho. La prioridad es un hecho y nada mas; la fuerza es un hecho y nada mas; la prioridad y la fuerza no pueden constituir por sí mismas el derecho de la paternidad, aunque pueden dar origen á otro hecho, el hecho de la servidumbre. El nombre propio del padre, supuesto este hecho, es el de *señor*, como el nombre del hijo es el de *esclavo*. Y esta verdad que nos dicta la razon, está confirmada por la historia. En los pueblos olvidados de las grandes tradiciones bíblicas, la paternidad no ha sido nunca sino el nombre propio de la tiranía doméstica. Si hubiera existido un pueblo, olvidado, por una parte, de esas grandes tradiciones, y apartado por otra del culto de la fuerza material, en ese pueblo los padres y los hijos hubieran sido y se hubieran llamado hermanos. La paternidad viene de Dios, y solo de Dios puede venir en el nombre y en la esencia. Si Dios hubiera permitido el olvido completo de las tradiciones paradisiacas, el género humano, con la institucion, hubiera perdido hasta su nombre.

La familia, divina en su institucion, divina en su esencia, ha seguido en todas partes las vicisitudes de la civilizacion católica; y esto es tan cierto, que la pureza ó la corrupcion de la primera es siempre síntoma infalible de la pureza ó de la corrupcion de la segunda: así como la historia de las varias vicisitudes y trastornos de la segunda es la historia de los trastornos y de las vicisitudes por que va pasando la primera.

En las edades católicas, la tendencia de la familia es á perfeccionarse; de natural se convierte en espiritual, y del hogar pasa á los claustros. Mientras que los hijos se postran reverentes en el

hogar á los piés del padre y de la madre, los habitantes de los claustros, hijos mas rendidos y reverentes, bañan con lágrimas los sacratísimos piés de otro Padre mejor; y el sacratísimo manto de otra Madre mas tierna. Cuando la civilizacion católica va de vencida, y entra en su período decadente, luego al punto la familia decae, su constitucion se vicia, sus elementos se descomponen y todos sus vínculos se relajan. El padre y la madre, entre quienes no puso Dios otro medianil sino el amor, ponen entre los dos el medianil de un ceremonial severo; mientras que una familiaridad sacrilega suprime la distancia que puso Dios entre los hijos y los padres, echando por el suelo el medianil de la reverencia. La familia, entonces, envilecida y profanada se dispersa, y va á perderse en los clubs y en los casinos.

La historia de la familia puede encerrarse en pocos renglones. La familia divina, ejemplar y modelo de la familia humana, es eterna en todos sus individuos. La familia humana espiritual, que despues de la divina es la mas perfecta de todas, dura en todos sus individuos lo que dura el tiempo: la familia humana natural, entre el padre y la madre, dura lo que dura la vida, y entre el padre y los hijos largos años. La familia humana anticatólica dura entre el padre y la madre algunos años; entre el padre y los hijos algunos meses: la familia artificial de los clubs dura un dia, la del casino un instante. La duracion es aquí, como en otras muchas cosas, la medida de las perfecciones. Entre la familia divina y la humana de los claustros, hay la misma proporción que entre el tiempo y la eternidad; entre la espiritual de los claustros, la mas perfecta, y la sensual de los clubs, la mas imperfecta de todas las humanas, hay la misma proporción que entre la brevedad del minuto y la inmensidad de los tiempos.

CAPÍTULO III.

DE LA SOCIEDAD BAJO EL IMPERIO DE LA IGLESIA CATÓLICA.

CONSTITUIDOS, por una parte, el criterio de las ciencias, el criterio de los afectos y el criterio de las acciones; constituidas, por otra, en la sociedad la autoridad política, y en la familia la autoridad doméstica, era necesario constituir otra autoridad sobre todas las humanas, órgano infalible de todos los dogmas, depositaria augusta de todos los criterios, que fuera á un tiempo misma santa y santificante, que fuera la palabra de Dios encarnada en el mundo, la luz de Dios reverberando en todos los horizontes, la caridad divina inflamando todas las almas; que atesorara en altísimo y escondido tabernáculo, para derramarlos por la tierra, los infinitos tesoros de las gracias del cielo, que fuera refrigerio de los hombres fatigados, refugio de los hombres pecadores, fuente de aguas vivas para los que tienen sed, pan de vida eterna